



SANDRA AZA

LIBELO DE
SANGRE

Madrid, invierno de 1620. La felicidad del matrimonio formado por Sebastián Castro, un reputado escribano de la Villa, y Margarita Carvajal se tambalea cuando ambos se convierten en los principales sospechosos de un libelo de sangre: querellas que culpan a los judíos de sacrificar a niños cristianos para recolectar su sangre y cuya jurisdicción compete a la Santa Inquisición. Con la hoguera cerniéndose sobre ellos, su hijo Alonso, un muchacho de trece años, inicia la búsqueda desesperada de un modo de salvarlos, propósito que lo arranca de su cálida existencia y le muestra las hieles de la vida. Pese a todo, tres faros prenden luz en las umbrías de su infortunio: amistad, esperanza y un sueño. La amistad se la brindan Juan y Antonio, dos pícaros vagabundos. La esperanza late en una bolsa llena de dinero que parece manejar los hilos del destino. Y el sueño le aguarda en la universidad, donde planea estudiar Leyes, convertirse en abogado y ejercer un derecho capaz de impedir que personas inocentes como sus padres sufran los rigores de la injusticia. Libelo de sangre es una fascinante historia de amor y amistad ambientada en el Madrid del Siglo de Oro, una vibrante pero sombría época en la que, mientras la fe en Dios encendía corazones, los delitos contra ella encendían hogueras.

Índice de contenido

Cubierta

Libelo de sangre

Agradecimientos

CAPÍTULO 1 El parto

CAPÍTULO 2 Hermanos de leche

CAPÍTULO 3 Ángeles negros para Luisa

CAPÍTULO 4 Tiempos felices

CAPÍTULO 5 El comienzo de todo

CAPÍTULO 6 Retorno al presente

CAPÍTULO 7 Altercado en San Ginés

CAPÍTULO 8 Escuela de primeras letras

CAPÍTULO 9 El testamento

CAPÍTULO 10 La encarnación del mal

CAPÍTULO 11 Fiesta sangrienta

CAPÍTULO 12 Un zafiro para el asesino

CAPÍTULO 13 Desaparecidos

CAPÍTULO 14 Secretos de familia

CAPÍTULO 15 Libelo de sangre

CAPÍTULO 16 Veneno para el traidor

CAPÍTULO 17 Mentiras en el mentidero

CAPÍTULO 18 Ultraje a la santa cruz

CAPÍTULO 19 Las Losas de Palacio

CAPÍTULO 20 Anónimo en la Sala de Alcaldes de Casa y Corte

CAPÍTULO 21 Los Crímenes del Ritual

CAPÍTULO 22 Delación

CAPÍTULO 23 Adiós, amigo

CAPÍTULO 24 La ciencia de Vilhán

CAPÍTULO 25 Procedimiento sumario

CAPÍTULO 26 El hálito del terror

CAPÍTULO 27 Solos

CAPÍTULO 28 Cárcel y calle

CAPÍTULO 29 Buscando cómplices

CAPÍTULO 30 R.I.P.

CAPÍTULO 31 El tercer caído

CAPÍTULO 32 Retrato de un recuerdo

CAPÍTULO 33 Amonestaciones

CAPÍTULO 34 Vestigios de inocencia

CAPÍTULO 35 Metamorfosis

CAPÍTULO 36 Días de gallofa

CAPÍTULO 37 En casa de don Pelayo

CAPÍTULO 38 La Bolsa de la Esperanza

CAPÍTULO 39 El Abogado de las Causas Imposibles

CAPÍTULO 40 Regreso a casa

CAPÍTULO 41 Una causa imposible

CAPÍTULO 42 Nuevos afectos

CAPÍTULO 43 Igual pero diferente

CAPÍTULO 44 Viejos amigos

CAPÍTULO 45 Acusación

CAPÍTULO 46 Abogado de presos del Santo Oficio

CAPÍTULO 47 Una habilidad extraordinaria

CAPÍTULO 48 Floreando en la coima

CAPÍTULO 49 En la plaza de Santa Cruz

CAPÍTULO 50 Sentencia

CAPÍTULO 51 Verdades para Alonso

CAPÍTULO 52 Cuestión de tormento

CAPÍTULO 53 El destino de la Bolsa

CAPÍTULO 54 Paseo por el infierno

CAPÍTULO 55 Afilando la guadaña

CAPÍTULO 56 Auto de fe

CAPÍTULO 57 Fuego

Sobre el autor

Notas

Agradecimientos

Gracias a José Antonio González Salgado por solventar muchas de mis dudas gramaticales.

Gracias a Gema y a Lola por su imperecedera y entrañable amistad.

Gracias a mi prima Mari, a María Ángeles (por siempre, «Ella») y, en general, a toda mi familia murciana; a ellos dedico las alusiones a la linda tierra de Murcia existentes en la novela.

Gracias a Belén porque en esas grises mañanas de lunes su conversación invariablemente lograba que mi gesto mudase de cóncavo a convexo.

Gracias a Adriana, Raquel, Marta, Máryoris y todas sus compañeras por procurarme los escasos momentos de solaz que me he permitido durante la elaboración de esta novela y que tanta fuerza me han dado para seguir adelante.

Gracias a Maribel por concederme licencias que han trocado en gentil marea fieros oleajes que a punto estuvieron de hacerme naufragar.

Gracias a Gonzalo por enviarme fotos de sus triunfos deportivos y por demostrarme que quien no se rinde conquista la meta.

Gracias a Teresa Laredo por su escucha, comprensión e increíble buen hacer y, muy en particular, por aquellos abrazos que me regaló en los tiempos más duros.

Gracias a Javier y Veva porque, desde que pusieron pie en mi día a día, me han respaldado en todos mis proyectos con la discreción, consideración y paciencia propias de las personas que realmente merecen la pena.

Gracias a Yolanda, Marta, Raimundo y Tina por esas afables tertulias que, de vez en cuando, me animaban a abandonar el siglo XVII y regresar al XXI.

Gracias a Mercedes y Susana porque, pese a no verme, llenaron mi móvil con mensajes repletos de atenciones y afecto.

Gracias a Ángel, un verdadero ángel para mí a lo largo de este transitar, pues no sé de qué manera lo averiguaba, pero siempre aparecía en las curvas más tortuosas del camino.

Gracias a Nancy por aliviar la soledad de horas y horas de escritura, por compartir conmigo un año difícil para las dos, por hacerme partícipe de sus tristezas, por permitirme abrazar sus lágrimas, por enseñarme cómo encarar la vida... y también la muerte. Y gracias también a su hermana Ramona, de quien tanto aprendí sin siquiera conocerla. Afortunado el Cielo; hoy disfruta de un alma en verdad bella.

Gracias a Mar, Carolina, Olga y Dani, otrora compañeros y ahora grandes amigos, por no olvidarme en mis ausencias, por ese ramo de flores que me conmovió hasta el llanto, por sus risas, su calidez, su ayuda, su cariño... Gracias, «ángeles del infierno», por estar siempre ahí.

Gracias a Maribel Heras Ferrer por mostrarme que incluso en los peores envites es posible sonreír. De seguro el cielo de Madrid luce ahora más bonito, pues la estrella de esta pequeña gran mujer ya brilla en él.

Gracias a Julio Garrido, uno de esos seres de luz que cualquiera querría tener cerca, por los aperitivos de sábado que me obligaban a despegarme del ordenador para airearme un rato, por las bromas, los chistes, las magistrales lecciones a propósito de Verne, los divertidos panegíricos sobre las excelencias de Walt Disney... Gracias por enseñarme que la edad reside en la mente, no en un carnet de identidad y que, lejos de resignarnos al paso del tiempo, podemos soslayarlo aferrándonos al niño que todos llevamos dentro.

Gracias a Cam por algo que me dijo hace muchas lunas y que prendió en mi memoria. «Your will power will get you wherever you want» («tu fuerza de voluntad te conducirá donde tú desees»). No erraba, pues ciertamente ha sido la fuerza de voluntad lo que me ha impedido claudicar en no pocas umbrías.

Gracias a mi hermana, durante años el espejo en el que me miré, por facilitarme un sinfín de primeras experiencias, en particular, la de escribir mi primer cuento, pues ella me compró el cuaderno cuyas páginas acogieron mis letras novicias.

Gracias a mi padre, hombre reacio a frecuentar los lares de la palabra, pero adscrito al señorío de los colores. Aficionado a la pintura, bosquejaba emociones valiéndose de un pincel y las plasmaba en lienzos rebosantes de sentimiento que luego regalaba a sus allegados. Uno de los personajes de esta novela honra su recuerdo.

Gracias a mi madre, mujer de increíble fortaleza y un pozo sin fondo de vivencias que la convirtieron en una luchadora encomiable. Gracias por su valentía, su arrojo y su denuedo, gallardas virtudes que admiro y respeto.

Gracias al Curro, la Curri, Carlos, Susana y Lucía por su cariño incondicional, ese que se ofrece sin pedir nada a cambio, sin preguntas ni censuras ni críticas ni quejas. Gracias por estar conmigo pese a que mi encierro apenas me permitió estar con vosotros.

Gracias a Nova Casa Editorial y, en particular, a Joan por confiar en mi historia y darme la oportunidad de mostrársela al mundo.

Gracias a Abel por su corrección literaria, sus acertados comentarios, y, sobre todo, gracias por ese correo electrónico que me envió tras leer la novela y que siempre guardaré en mi cajón de autoestima.

Gracias a Lourdes Cañadilla, una de las personas más dulces con las que me he cruzado, por su respaldo constante, su ánimo, su contagiosa alegría y esa especial manera de hacer y decir las cosas que tanto reconforta a todos los privilegiados que estamos a su vera.

Gracias a Francesc Bailón, fantástico antropólogo, explorador, escritor, profesor, reputado experto en el mundo ártico y un extraordinario ser humano a quien conocí cuando me lo presentaron como el guía de un viaje a Groenlandia y acabó convirtiéndose en uno de esos amigos que, a diario, puntada a puntada, tejen el cálido abrigo de la amistad. Gracias, Francesc, porque, durante aquella charla que surgió en un *chum* de la fría Siberia, tus palabras resucitaron mi añejo anhelo de escribir un libro. En ese momento solo tenía la sinopsis y una ilusión; tras hablar contigo, la sinop-

sis maduró hasta alumbrar esta novela y la ilusión trocó en la huella inaugural de un camino de vida. Gracias porque tus consejos, tu ayuda y tu apoyo moran ahora en los cimientos de un sueño cumplido.

Y, como en toda procesión del siglo XVII donde la máxima autoridad siempre asomaba en último lugar, clausuro mi rosario de gratitudes dedicando un GRACIAS en mayúsculas a Manolo, mi marido. Gracias por viajar conmigo en el tiempo y quedarte en la puerta del Madrid de hoy presto a evitar que me perdiera en el Madrid de ayer, por acompañar mis luces y acariciar mis sombras, por ceder a mi proyecto demasiados momentos que te pertenecían, por aceptar la soledad que mi retiro te ha supuesto sin jamás aliviar la sonrisa, por reprimir tus lágrimas para enjugar las mías, por aparcar tus desvelos para mecer los míos, por olvidarte de ti para cuidar de mí. Gracias por leer cada capítulo cien, mil, diez mil veces, por tus correcciones, tus atinadas sugerencias, tu sinceridad, tus críticas, en ocasiones difíciles de escuchar y, a la postre, difíciles de expresar... Gracias por regalarme un amor diamantino, ese que no se cuarteja ni en las más cruentas embestidas, ese que ennoblece a quien lo siente y también a quien lo recibe. Gracias porque, sin tus huellas escoltando las mías, este sueño no habría conseguido transitar tierras de realidad. Gracias, mi gentil caballero. Gracias por tanto; gracias por todo.

Miel escancias sobre mis desvelos,
Abril procuras a mis eneros,
Norte eres de tantos anhelos,
Orfebre de hermosos senderos,
Limas la esquina, ornas la losa,
Obvias la espina y me das la rosa.

Para ti, Manolo, mi faro y mi luz.

CAPÍTULO 1

El parto

Madrid, uno de febrero del año 1621 de Nuestro Señor.

La tormenta arreciaba con tal violencia que el cielo parecía presto a derrumbarse sobre la tierra.

Luisa procuraba serenarse, pero el pánico había logrado entumecer su coraje y, lejos de serenarse, temblaba. Y no solo su coraje andaba entumecido. Su cuerpo sufría el mismo mal y, a resultas de ello, además de temblar de miedo, también temblaba de frío.

El gélido viento le azotaba el rostro, lloraba lágrimas de nieve, goteaba escarcha por la nariz y su boca achicaba reliente expulsando nubes de vaho.

Renqueante y encorvada, vagaba sin rumbo fijo. El parto se avecinaba y no se sentía capaz de afrontarlo. No así. Sola, de noche, al raso, bajo un temporal y en pleno invierno.

¡Y menudo invierno! No recordaba ninguno tan sañudo.

Su padre siempre decía que el hambre tenía poderío suficiente para rendir al espíritu más bizarro en cualquier época del año, pero que, cuando diciembre abría la puerta al invierno y este entraba en el calendario vestido de ocasos eternos e impías temperaturas, aquel creador de esquele-

tos agonizantes que era el hambre hallaba magníficos aliados en su conjura contra la vida.

Y no le faltaba razón; al menos en lo referente a ese invierno de 1621, porque los aliados habían llegado desplegando tales bríos que el ejército enemigo estaba haciendo estragos en la Villa y Corte.

A diario decenas de indigentes hincaban rodilla ante los tres almirantes de la muerte: el hambre, el frío y la noche. Quizá, por eso, en la desventurada liga que formaban los prisioneros de la calle, nadie se despedía del sol hasta mañana. Tampoco Luisa. Al igual que sus compañeros, temía no volver a verlo, segura como estaba de que la Parca acechaba y de que, en algún momento, aprovechando las penumbras de la luna, se deslizaría sibilina entre sus costuras, le incautaría el sueño y lo trocaría en eterno.

Pensando que acaso el sueño eterno fuera menos enojoso que el terror a sumirse en él, Luisa continuó su errante peregrinar. De repente, tropezó con un cadáver y cayó de bruces.

—¡Condenada ironía! —masculló, ofuscada—. El cuerpo de los demás rindiéndose a la muerte y el mío bullendo vida, ¡mal rayo me parta!

No la partió ningún rayo, pero un agudo pinchazo sí la dejó yerta.

—Si el Altísimo no se hubiera olvidado de una servidora, me traería a los del Pan y el Huevo —jadeó, apretándose la abultada barriga—. Son los únicos que, en vez de internarme en la Galera, me ayudarían a parir y después me permitirían marchar.

La ronda nocturna de la Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad, popularmente conocida como la Ronda del Pan y el Huevo, era una institución muy querida en Madrid.

Nació en 1615 gracias a la iniciativa del padre Bernardino de Antequera, Pedro Lasso de la Vega, Juan Jerónimo

Serra, Alonso de Torres Silva, Juan Suárez de Canales y Cristóbal Fernández Crespo.

Desde entonces, tres cofrades consagraban las noches a patrullar la ciudad y socorrer a los necesitados. Les daban un pan y dos huevos, ropa de abrigo o asilo en las hospederías de la congregación. También recogían enfermos que agonizaban en las esquinas y alunados que charlaban con ellas. A los unos los trasladaban al lazareto; a los otros, a la casa de locos de Zaragoza o a la del Nuncio en Toledo, porque, no obstante su prolija red de conventos, iglesias y fundaciones pías, la Villa carecía de centros dedicados a seras desgobernadas.

Los madrileños rechazaban el interminable título de ronda nocturna de la Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad. «¡Cuánta letra vacía arrastra el nombre de la compañía!», dictaminaban en sus poéticos términos habituales, pues así, en rima, solían emitir sus veredictos las gentes de aquellas tierras.

Y había una segunda cosa que también solían hacer: cuando no les gustaba la denominación oficial de algo, la sustituían por otra de su cosecha. Y tal ocurrió en este caso. Reacios a bendecir la denominación oficial de la cofradía, se inventaron una, a su entender, menos campanuda y más ilustrativa. ¿Qué facilitaba la ronda? ¿Pan y huevos? Helo ahí. La Ronda del Pan y el Huevo.

Desafortunadamente para Luisa, esa noche los hados no parecían dispuestos a allanarle el camino.

La anhelada ronda no asomaba, el rorro pugnaba por hacerlo y ella ni se planteaba acudir a un hospital. Ante una menesterosa preñada y soltera, allí se ceñirían al protocolo. Luego de asistirle en el alumbramiento, le quitarían el bebé, la acusarían de libertina y la mandarían a la Galera.

La Casa Galera era una cárcel femenina donde penaban ladronas, hechiceras, alcahuetas, vagabundas y, en general, mujeres de mala vida. Una comunidad de religiosas la regentaba y se ocupaba de encauzar la senda de sus inqui-